



Índice. Año 1, núm. 2, julio-diciembre 2021
ISSN: 2789-567X
e- ISSN: 2790-3435
Fecha de recepción: 16 de agosto de 2021
Fecha de aceptación: 15 de noviembre de 2021
Artículo original arbitrado por pares ciegos

Los autores de compendios y lecciones escolares de Historia Nacional y la difusión de la historiografía proliberal centroamericana



Guillermo Fernández Ampié
gfernarn@gmail.com
Orcid: 0000-0003-2547-4416
Universidad Nacional Autónoma de
México (UNAM)

The authors of compendia and school lessons on National History and
the dissemination of pro-liberal Central American historiography

Resumen

La mayoría de estudios referidos al surgimiento de la historiografía centroamericana destacan su marcado carácter proliberal y lo atribuyen al papel que jugaron los gobiernos liberales en su promoción y difusión los primeros textos de historia nacional, al encargar su escritura a intelectuales afines a esa corriente política. Por esa misma razón esos textos son consideradas versiones oficiales u oficialistas de los acontecimientos del pasado de estos países. Si bien esto fue así en lo general, en el presente ensayo se argumenta que en ciertos casos, más que del Estado, la creación y difusión de esa versión proliberal de la historia fue producto de la iniciativa individual de los autores de los primeros compendios o lecciones escolares de Historia Nacional. Como veremos en las siguientes páginas, los autores de estos manuales escolares no siempre fueron los mismos que escribieron el primer texto de historia nacional de sus respectivos países. Este es un matiz comúnmente ignorado que el presente ensayo se propone exponer, ejemplificando con casos de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. El texto argumenta que autores de algunos de esos compendios o manuales, por iniciativa propia recurrieron y 'aprovecharon' las posibilidades ofrecidas por el Estado para publicar y difundir sus propias obras.

Palabras clave

Centroamérica, historiografía, liberalismo, historia nacional, textos escolares.

Abstract

Most studies about the emergence of Central American historiography highlight its distinct pro-liberal character and attribute it to the role played by liberal governments in promoting and disseminating the first national history texts, specifically by commissioning their writing to intellectuals related to that political current. For the same reason, these texts are considered to be the official versions of past events in these countries. Although this held true in general, this article argues that in certain cases, the creation and dissemination of that pro-liberal version of history was more so the product of the individual initiative of the authors of the first compendiums or school lessons of National History, than of the State. The following pages explain that the authors of these textbooks were not always the same ones who wrote the first national history textbooks for their respective countries. This is a commonly ignored nuance that this essay presents, providing examples from Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua and Costa Rica. The text argues that the authors of some of these compendiums or manuals, on their own initiative, embraced and 'took advantage of' the possibilities offered by the State to publish and disseminate their own work.

Keywords

Central America, historiography, liberalism, national history, school textbooks.

Introducción

Aunque en los últimos años se han incrementado notablemente los estudios sobre la historiografía centroamericana y los primeros textos que se utilizaron para la enseñanza de la historia patria o nacional a finales del siglo XIX en Centroamérica, como revelan los trabajos de Juan Rafael Quesada Camacho (*Historia de la historiografía costarricense 1821-1940*, 2001), Patricia Fumero (*Nicaraguan Academic Journal* No. 41, Mayo, 2002), Rolando Sierra Fonseca (*Colonia, Independencia y Reforma, Introducción a la historiografía hondureña*; 2001), Darío Euraque (*Historiografía de Honduras*; 2008), Elizet Payne (*Avances de*

Investigación, No. 74, 1994), Juan José Marín, Patricia Vega y José Cal (*La Historia Cultural en Centroamérica. Balance y perspectivas*, 2006), Emilie Mendonça (*Les Cahiers ALHIM*, 2010, y su tesis doctoral defendida en 2011) y mi propia tesis doctoral (UNAM, 2009), al releer estos manuales resulta inevitable que surjan nuevas reflexiones sobre sus propuestas, objetivos, las concepciones de sus autores, y se aprecien aspectos y matices que hasta ahora han quedado al margen o han sido ignorados.

En este ensayo, además de rendir homenaje a los autores de los primeros textos escolares

de historia patria o nacional de algunos países centroamericanos muy pocas veces recordados, deseo exponer y hacer énfasis en un pequeño pero importante matiz al que hasta ahora no se le ha prestado la atención que a mi juicio amerita: que en el establecimiento de una versión liberal o pro-liberal del pasado centroamericano, y su difusión, no solo fue producto de la voluntad de los caudillos liberales que dirigían el Estado que deseaban establecer una versión del pasado afín a sus proyectos políticos, para lo cual designaron a algunos intelectuales para escribirla. Aunque en muchos casos fue así, en otros resulta evidente que ocurrió a la inversa: intelectuales aficionados al estudio y la escritura de la historia de sus países, identificados con los proyectos liberales pero no necesariamente comprometidos o vinculados de manera orgánica con éste, más bien aprovecharon las posibilidades que brindaba el Estado para difundir una versión de la historia que ellos consideraban apegada a la verdad, convencidos además de que esa era la mejor contribución que podían hacer para fomentar y fortalecer el amor de los futuros ciudadanos a sus recién estrenadas repúblicas. Este mismo fenómeno puede advertirse en algunos de los primeros compendios de Historia de Centroamérica que en significativos casos también obedecieron más a una iniciativa individual que a la estatal.

Efectivamente, cuando se estudia los orígenes de la historiografía y la versión e interpretación que ha predominado del pasado centroamericano se destacan los nombres de los pioneros –los llamados memorialistas, protohistoriadores o primeros historiadores nacionales–, quienes a su vez fueron protagonistas o estuvieron muy de cerca de los acontecimientos que relatan. Así han venido a ser de sobra conocidos los nombres de Manuel Montúfar y Coronado, José Manuel Arce, entre los principales, y los de Alejandro Marure y Lorenzo Montúfar, éste último quizás el principal historiador centroamericano del siglo XIX. De la misma manera son ampliamente reconocidos los nombres del guatemalteco Agustín Gómez

Carrillo, del salvadoreño Francisco Gavidia, del hondureño Rómulo Durón, y del nicaragüense José Dolores Gámez. A estos últimos sin duda se les reconoce como los fundadores de la historia nacional de sus respectivos países. Sin embargo, existieron otros autores que si bien no crearon una obra monumental como la de los citados, probablemente fueron de los que más contribuyeron a acercar a las nuevas generaciones decimonónicas y de inicios del siglo XX, de forma directa, a un conocimiento sobre el pasado de sus respectivos países. Me refiero a quienes escribieron los primeros manuales escolares de historia patria, historia nacional y compendios de historia de Centroamérica, que no siempre resultan ser los afamados nombres mencionados a inicios del párrafo.

A estos escritores, sin lugar a dudas también intérpretes del pasado, lo mismo que a sus obras, comúnmente se les deja a un lado debido a que sus escritos son vistos más como objetos propios para el estudio de la Historia de la Educación o de la Enseñanza de la Historia, y no como fuente para los estudios historiográficos empeñados en analizar las interpretaciones del pasado centroamericano. De ahí que la atención hasta ahora se haya centrado principalmente en los autores de obras que constituyen verdaderos tratados y que han devenido en canónicas, cuyos propósitos y alcances rebasó sobradamente los límites de cualquier texto destinado a estudiantes de nivel básico.

Tal situación en parte puede comprenderse si consideramos que a nivel global los textos o manuales escolares tampoco eran objeto de estudios históricos ni análisis historiográficos, sino hasta en años relativamente recientes. Al menos en América Latina estos comenzaron a proliferar mucho después de los estudios realizados por Michael Apple (1986), referido a los textos escolares en Estados Unidos, en los que puso en relieve la relación entre los contenidos de los programas, los manuales y la ideología dominante; y además cuestionó quién selecciona el conocimiento que se brinda a los estudiantes. En este mismo

sentido el francés Marc Ferro (1990), en una obra ampliamente divulgada, estudió detenidamente la interpretación del pasado que se ofrece en los textos escolares utilizados en distintas regiones y países del mundo, como la extinta Unión Soviética, Sudáfrica, Egipto, Argelia, Irán, entre otros.

Tal como comprueba Martha Negrín (2009, pp. 87-208), más que a textos decimonónicos, en Latinoamérica los estudios más recientes dedicados a estos “artefactos culturales”, como también se les ha denominado, se han centrado en los manuales contemporáneos y en la preocupación por la decisiva influencia que ejercen las grandes empresas editoriales en sus contenidos, la interpretación del pasado y la perspectiva de la enseñanza de la historia.

Por otra parte, por lo general en el caso centroamericano los estudios sobre historiografía y la enseñanza se realizan de manera disociada, aspecto que es importante modificar porque, como he sostenido previamente, los autores de los primeros textos y compendios de historia nacional para los niveles básicos de educación fueron igualmente decisivos para difundir la versión proliberal al insertar en sus contenidos las grandes líneas narrativas e interpretativas creadas por los primeros autores de las obras fundacionales sobre el pasado de las repúblicas que emergieron tras el fracaso de la Federación Centroamericana. No obstante, es importante aclarar que dichos manuales no necesariamente constituyen una repetición mecánica o simplista de esas obras fundacionales de las historias nacionales, como generalmente se sugiere.

En uno de los pocos estudios sobre el tema en la región, Elizet Payne afirma que antes de la historia fue la memoria, y enfatiza que los primeros textos sobre el pasado centroamericano fueron las memorias de “la generación de la independencia”. Se refiere así a los escritos de los ya mencionados Montúfar y Coronado, Arce, Molina y otros ‘próceres’ centroamericanos. Dichas obras, argumenta la autora, son “memorias de los

actores y testigos de los sucesos posteriores a la independencia de Centroamérica”. Agrega que en la segunda mitad del siglo XIX surgió una segunda generación de escritores de historia; fue entonces cuando “los textos de historia de Centroamérica fueron financiados por los gobiernos liberales principalmente guatemaltecos, mientras por otro lado, los gobiernos locales –entiéndase nacionales– promovieron sus respectivas historias nacionales. El Bosquejo... escrito por Marure es la primera historia oficial escrita bajo patrocinio de gobiernos liberales” (Payne, 1994, p. 5).

Es importante insistir en dos detalles que considero deben ser destacados aunque parezcan una obviedad. Primero, que las memorias de los protagonistas de los sucesos de la independencia no se referían a un pasado lejano. Sus autores narraron en ellos los sucesos contemporáneos en los que en la mayoría de los casos participaron como protagonistas. En realidad no estaban escribiendo historia; su empeño era registrar las experiencias de su presente. El mérito de ellos fue captar la trascendencia de dichos eventos y proponerse legar a las generaciones futuras una explicación de cómo se desarrollaron, a la vez que utilizaban sus escritos para justificar sus actuaciones. Haciendo uso de un concepto actual, bien puede afirmarse que lo escrito y narrado en las memorias de la generación de la independencia se trató de historia contemporánea o del tiempo presente de dichos autores.

El significado simbólico mayor que asignaron y la interpretación que los memorialistas hicieron de esos hechos fueron posteriormente ratificados por las generaciones posteriores, que los asumieron como su propia historia, sin aventurarse a elaborar cuestionamientos críticos. Por ejemplo, se asumió el proceso de independencia como un acontecimiento glorioso y se interpretó como si hubiera transformado automáticamente la realidad socioeconómica que vivía la mayoría de la población centroamericana o modificado sustancialmente la estructura económico-

social de la extinta Capitanía General de Guatemala, cuando en realidad no fue así.

Otro tópico importante a destacar es que no parece totalmente acertado hablar de una primera generación de historiadores, y considerar como la segunda a los que escribieron y publicaron sus obras a finales del siglo XIX. Por lo menos no de manera general, como si esa fuera igual la situación en los cinco pequeños países surgidos tras desintegrarse la República Federal. En todo caso, también se hace necesario señalar algunos matices. A quienes se considera como la primera camada de historiadores (junto con los memorialistas), mayoritariamente son oriundos de Guatemala. Las excepciones son el salvadoreño José Manuel Arce y el hondureño Francisco Morazán, que también escribió sus memorias mientras se encontraba en Panamá. Hasta donde se conoce, los personajes considerados próceres de la independencia de Nicaragua y Costa Rica no dejaron obra escrita sobre ese importantísimo acontecimiento.

En Guatemala sí puede considerarse la existencia de una primera generación de historiadores que surge al concluir el primer tercio del siglo XIX, la cual estaría representada por Alejandro Marure, como máximo exponente. En los restantes países –El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica– no surgió una generación de estudiosos del pasado sino hasta en las últimas dos décadas de ese siglo. Pedro Flores, Rafael Reyes en El Salvador; Antonio Ramón Vallejo, en Honduras; Tomás Ayón y José Dolores Gámez, en Nicaragua, Francisco Montero Barrantes en Costa Rica, constituyen la primera generación de intelectuales que se esforzaron de ofrecer una síntesis del pasado centroamericano, destacando los hechos de sus propias repúblicas. De manera que resulta pertinente matizar que lo que se ha considerado como una segunda generación de historiadores centroamericanos, la de finales de siglo XIX, en muchos casos fue la primera en los países recientemente mencionados. En el caso nicaragüense, el estudioso Jorge Eduardo Arellano considera que Pedro Francisco de

la Rocha es el primer historiador de Nicaragua (Arellano, 1983: 7-76). Sin embargo, más que un texto propiamente de Historia, De la Rocha escribió un alegato político-filosófico en defensa del exdirector del Estado José León Sandoval.

En todo caso es importante enfatizar que además de quienes escribieron sus memorias, y de la generación de historiadores empíricos de finales del siglo XIX, existieron otros autores hoy generalmente olvidados, a los que también debe darse una importante atención porque fueron quienes presentaron, en un lenguaje mucho más fácil de digerir por los escolares, las primeras nociones de los acontecimientos que dieron origen a sus respectivas naciones. Me refiero a escritores de obras básicas, consideradas pedagógicas en su tiempo, como el salvadoreño Rafael Reyes, el hondureño Manuel Sabino López (¿1868?- ¿?), los costarricenses Joaquín Bernardo Calvo (1851-1915) y Francisco Montero Barrantes (1864-1925) y Leopoldo Zarragoitia Barón; y el mexicano Rafael Aguirre Cinta (1865-1936), éste último autor de unos de los primeros manuales escolares de historia de Guatemala, realizado por encargo del gobierno guatemalteco.

De todos ellos, quizás los más reconocidos sean Aguirre Cinta y Montero Barrantes, aunque la inveterada tradición de estudiar de manera separada la historiografía de la enseñanza de la Historia y los textos o manuales escolares de historia ha contribuido a que sus nombres y sus aportes hayan quedado difuminados en el tiempo y convierta en una tarea infructuosa obtener información mucho más precisa o detallada de algunos de ellos. En este sentido es emblemático el caso del autor hondureño. Su texto no aparece ni siquiera registrado en los catálogos de la Biblioteca Nacional de su país y resultó imposible obtener alguna copia de su ejemplar, a pesar de las referencias en trabajos conocidos historiadores de quienes se me aseguró poseían alguna copia o fotocopia del texto. Mejor suerte han corrido los autores de compendios de historia centroamericana, seguramente gracias al

mayor aliento y difusión de estas obras, como Agustín Gómez Carrillo y Miguel González Saravia, cuyas textos fueron de uso obligatorio en Guatemala y El Salvador; o Antonio Villacorta, quien publicó un Curso de Historia de la América Central para uso de los Institutos y Escuelas Normales que de igual manera logró amplia proyección en el istmo.

En su estudio sobre los manuales de historia de Guatemala, Emilie Mendonça rescata el texto de Aguirre Cinta, al que califica de “imponente”. Destaca su interés en despertar entre los escolares el amor a la patria, para lo cual busca dar un sentido de unidad a los hechos históricos de ese país, texto que de acuerdo con este autor marca un cambio radical en la enseñanza de la historia guatemalteca, destacando su originalidad (2011, pp. 446 y 449).

En El Salvador, mucho antes de que se escribiera la Historia Moderna de El Salvador, texto de historia nacional oficial, considerado canónico, escrito por el poeta Francisco Gavidia a encargo del presidente Carlos Meléndez, se habían publicado dos textos para uso en las escuelas. Estos fueron: Lecciones de Historia de El Salvador (1892), de Rafael Reyes, escrito “a virtud de comisión oficial”; y las Lecciones de Historia Antigua de Centro América (1896), de Pedro Flores, quien al parecer –y esto es muy importante– las escribió por iniciativa propia. Es decir, no se trató de un encargo gubernamental.

En Honduras, de acuerdo con el historiador Jorge Amaya Banegas (2009: 61), el primer texto escolar de historia nacional sería el escrito por Manuel Sabino López, titulado Compendio de Historia de Honduras, si consideramos que el Compendio de Historia Social y Política de Honduras publicado por el presbítero Antonio Ramón Vallejo excedía los alcances de un texto escolar. López publicó su escrito en 1884, pero más allá de las menciones que de ellos hace Amaya Banegas al parecer autor y han quedado muy relegados, pues como expresé párrafos atrás, me fue infructuoso encontrar algún ejemplar

de dicha manual. Por su parte, Sierra Fonseca (2001) cita a Félix Canales Salazar como autor de un texto titulado Compendio Elemental de la Historia de Honduras, pero todo indica que esto no es más que una inadvertida confusión en el nombre. El único Compendio Elemental de Historia de Honduras del que se constató su existencia fue escrito por Félix Salgado, publicado en 1905.

El guatemalteco Agustín Gómez Carrillo también es citado como uno de los intelectuales centroamericanos que contribuyó a la enseñanza del pasado hondureño con su manual Elementos de Historia de Honduras, publicado en 1890, texto que al igual que el de López por ahora también ha sido de infructuosa localización. Para dimensionar la relevancia de los aportes de López y Gómez Carrillo en la enseñanza del pasado hondureño es importante recordar que la obra canónica de Historia de ese país, El bosquejo histórico de Honduras escrito por Rómulo Durón, se publicó hasta en 1927, casi en la tercera década del siglo XX. Sierra Fonseca califica como “el primer trabajo completo” sobre la historia hondureña, y “el primer aporte serio al estudio del período colonial hondureño” (2001: 42)

Estos esfuerzos iniciales, orientados a la construcción de un discurso sobre el pasado nacional dirigidos a los escolares de los niveles básicos se tornarán sistemáticos y se consolidarán en todos los países centroamericanos hasta ya bien avanzado el siglo XX.

Los manuales escolares de historia nacional en el papel de los catecismos cívicos

Pese a la poca difusión que hayan tenido, a su empirismo, limitada profesionalidad o rigor histórico o científico y las debilidades pedagógicas que ahora podamos advertir, dichos manuales también fueron de una gran relevancia en la construcción del sentimiento de nacionalidad y la conciencia de identidad de las primeras generaciones de ciudadanos de los países centroamericanos. Ellos vinieron a complementar o a cumplir el papel que en las otras recién estrenadas repúblicas de Hispanoamérica desempeñaron los llamados “catecismos cívicos”, que en América Central fueron de muy limitada circulación o que, como Honduras y Nicaragua, se desconoce si existieron.

Rafael Sagredo Baeza, especialista en los catecismos cívicos y políticos publicados en América del Sur, en los años previos e inmediatos posteriores a la independencia, destaca el valor de tales textos, las más de las veces ignorados en los estudios sobre la formación de las naciones hispanoamericanas. De acuerdo con este autor, esos escritos “contribuyeron al proceso independentista y a la fundación de la república” y resultaron además “indispensables para la consolidación del movimiento separatista” en la América Hispana y para dar fin a la monarquía constitucional en Brasil (Sagredo Baeza, 2009, 14).

En esos catecismos cívicos y políticos, agrega el especialista, también es posible analizar “el significado de conceptos como patria, pueblo, soberanía, hombre libre y ciudadanía (...) elementos básicos en la definición de las nuevas entidades y actores políticos que emergen con la independencia” (Sagredo Baeza, 2009, 16). Y estos son precisamente los conceptos que ponen en circulación y tratan de hacer accesible a los escolares textos como el Catecismo de Historia Patria, escrito y publicado por el nicaragüense José Dolores Gámez en 1894, las Lecciones... de

Aguirre Cinta, y el Compendio de Historia de Costa Rica, también de 1894, publicado por Leopoldo Zarragoitia Barón, que en realidad es un resumen o “extracto” del libro publicado por Montero Barrantes, obras que Fumero, Payne y Mendonça analizan en sus respectivos estudios. No hay duda de que estos manuales escolares cumplieron en Centroamérica la función que los catecismos cívicos y políticos realizaron en México y Suramérica, como Catecismo Político-Cristiano. Dispuesto para la instrucción de los pueblos de la América Meridional, escrito por José Amor de la Patria y publicado en Santiago de Chile, en 1810; y el Catecismo o Instrucción popular, escrito por el sacerdote Juan Fernández de Sotomayor, publicado en Cartagena de Indias en 1814, y el Catecismo Político arreglado a la Constitución de la República de Colombia, publicado por José Grau en 1821.

Durante la de la República Federal de Centroamérica también se divulgó un texto que comparte las características y propósitos de los catecismos políticos. Este fue la Cartilla del Ciudadano escrita para los Centro Americanos, publicada por Pedro Molina en 1825, la cual habría sido reeditada en 1838, prácticamente el mismo año en el que era ya irreversible el fracaso del proyecto federal. Según Arturo Taracena Arriola el documento habría contribuido de manera relevante a difundir conceptos como “soberanía del pueblo, igualdad ciudadana, libertad de imprenta, seguridad individual y propiedad e independencia de la patria” (Taracena Arriola y J. Piel, 1995, pp. 47 y 58); aunque no está claro si ese aporte fue efectivo en todo el territorio centroamericano, o solo en la capital, la ciudad de Guatemala.

Algunos elementos indicarían que la contribución no fue tan consistente. Por una parte, se desconoce el número de ejemplares que se imprimieron de tal cartilla y si fue distribuida en todos los Estados de la Federación, aunque todo indicaría que no fue así. Las tensiones y conflictos iniciados esos años fueron incrementándose y se acumularon hasta convertirse en la crisis

que desembocó en la guerra civil que estalló en 1826 y que no concluiría hasta 1829, lo que lleva a suponer que lo más probable es que durante esos años de guerra el texto no haya traspasado las fronteras de Guatemala. Por otra parte, se sabe que el porcentaje de la población que sabía leer y escribir en ese período era extremadamente reducido, por lo que es lógico suponer que fue mínimo el público que habría leído dicho catecismo.

En 1838 por iniciativa y a cuenta del ciudadano Rosalío Hernández se hizo una reedición o reimpresión que habría constado de cuatrocientos ejemplares para ser distribuida en los departamentos de Los Altos. El hecho de que se trató de una edición destinada al efímero Estado de Los Altos, y que se imprimió en un año en el que la Federación ya estaba desmoronándose sugiere también que su difusión fue limitada. Por esto es necesario tomar con mucha cautela la efectividad de la Cartilla de Molina, y considerar que su labor pedagógica haya sido mínima o menor de lo que se estima, ya sea porque no se difundió en todos los Estados de la Federación o bien porque aunque se haya distribuido el clima de inestabilidad y las desastrosas condiciones del sistema educativo habrían impedido un mejor provecho de ella. En todo caso, el propio fracaso del proyecto Federal también abona la idea de que nunca se crearon esos ciudadanos a cuya formación tanto quiso contribuir Molina con su folleto.

No obstante lo anterior, en su tesis doctoral de Filosofía (2012), el salvadoreño Julián González Torres asegura que en 1851, vale decir durante el gobierno de Francisco Dueñas, fue distribuido en El Salvador un folleto que también se titulaba Cartilla del Ciudadano, similar al texto escrito por Molina. Pero aclara que “no se ha encontrado qué cartilla era, si existieron una o varias, qué autor o autores la escribieron, ni cuál fue el contenido”. González Torres agrega que en 1861, durante el mandato del presidente Gerardo Barrios, se ordenó la reimpresión del folleto de Molina, cuya primera edición –asegura– habría sido de 1825. Es decir, se trataría de la famosa

y prácticamente desconocida cartilla de Molina, que habría llegado y se utilizaba en El Salvador casi cuarenta años después de su primera publicación, si acaso no había sido distribuida antes.

Los textos que mencionamos párrafos atrás, objetos de este estudio, no son precisamente catecismos cívicos ni políticos, pero comparten varias características con estos. En primer lugar, se trata de los primeros intentos para sistematizar un discurso sobre el pasado en muchos casos con apoyo institucional del Estado, cuando no a solicitud expresa. En su mayoría comparten además el sistema de exposición utilizado, tomado de los catecismos religiosos. Jaime de Zudáñez, a quien se identifica como el verdadero nombre tras el seudónimo de José Amor de la Patria, este estilo organiza “los temas, capítulos y partes por medio de un sistema de preguntas y respuestas, claras, precisas y directas, a través de una retórica sencilla y accesible a todos, para facilitar el entendimiento de los asuntos tratados aun por las personas menos instruidas” (Sagredo Baeza, 2009, p. 17).

Como ya se observó, es importante tener presente que el porcentaje de la población que tuvo acceso a estos manuales fue mínimo, dado el carácter incipiente y la precariedad del sistema educativo en la época, hecho muy significativo que evidencia que las élites que gobernaron desde el fracaso del proyecto federal hasta la penúltima década del siglo XIX no dieron continuidad a los intentos iniciales tras la independencia de crear una estructura que extendiera la educación a todo el territorio y para toda la población de las nuevas repúblicas; no se propusieron ni lograron estructurar un sistema que difundiera los conceptos, símbolos, valores e imágenes que contribuyeron a aglutinar y por ende a consolidar las nuevas comunidades imaginadas. Un claro ejemplo de esta situación lo encontramos en Honduras, donde a mediados del XIX, ni siquiera existían escuelas públicas cuando inició su vida escolar el presbítero Antonio Ramón Vallejo, autor del Compendio de Historia Social y

Política de Honduras, texto que comentaremos más adelante.

La educación o escolaridad masiva de la población, aspecto de vital importancia en la creación de ciudadanía, no fue un punto prioritario en la agenda de dichas élites. Rafael Aguirre Cinta, otro de los autores que comentaremos, expresa este hecho con las siguientes palabras: “La paz reinaba en todo el país y con mucha razón era de esperarse que el gobierno, con celo, procurara su mejoramiento, más distraído con su poder omnipotente, que le procuraba todo género de placeres, se olvidaba de lo más importante, de la instrucción de las masas: nada que estuviera más abandonado, nada que inspirara mayor tristeza al considerar la incuria con que se le veía” (Aguirre Cinta, 1898, p. 158).

En este sentido también es importante recordar que en la región se dio un fomento sostenido a la educación básica generalizada y se instituyó la enseñanza de la historia nacional solo hasta que estaban en marcha las reformas impulsadas por los caudillos liberales a finales del XIX, aunque no siempre se alcanzaron los objetivos y metas propuestas. No obstante, los pocos escolares que tuvieron acceso a ella fueron los que posteriormente constituyeron la capa social que dio mayor coherencia y sobre la cual sentaron sus bases los respectivos proyectos de nación en cada país. Ellos fueron los que posteriormente conformaron lo que en esos países se ha clasificado como clase media o media baja, integrada por oficinistas, burócratas del Estado, telegrafistas, maestros, administradores, secretarías y similares, vale decir, aquellos sectores que hacían funcionar la nueva estructura gubernamental, así como los empleados del comercio y las empresas privadas, artesanos propietarios de talleres, sastres y modistas. Ellos comenzaron a amar y a identificarse con su patria precisamente a partir de lo aprendido en las escuelas primarias. Estas fueron las bases activas de la tradición que aglutinó a diversos sectores de la población en torno al proyecto de Estado-

nación impulsado por las élites liberales. Otros grupos, como los indígenas o vastos sectores de la población campesina estuvieron al margen de ese proyecto cultural “nacional”. Su participación se reducía, prácticamente, a producir los alimentos que consumía toda la sociedad, o bien, a servir de tropas y poner las bajas en las continuas guerras civiles con las que las élites dirimían sus diferencias.

La interpretación liberal de la historia, ¿iniciativa estatal o individual?

Otro aspecto que también debe destacarse en los manuales a los que se ha hecho referencia es que no en todos resulta totalmente evidente que hayan sido financiados por sus respectivos gobiernos, aunque lo más probable es que en su mayor parte fue así. Las dedicatorias de sus obras a gobernantes más bien parecieran un intento de congraciarse con las autoridades o el hecho de identificarse plenamente con la ideología política de dichos mandatarios, y no un taxativo agradecimiento por la publicación de la obra. Pedro Flores, por ejemplo, publicó en 1896, en Zacatecoluca, un texto titulado *La historia antigua de Centro América*, que dedica a la memoria del general y presidente salvadoreño Francisco Menéndez, fallecido en 1890. Curiosamente, la dedicatoria fue firmada en junio de 1897, cuando se cumplían siete años de la muerte del mandatario. Es probable también que 1896 que aparece en la primera página sea el año en que escribió el texto y no de la publicación.

En ese paratexto, Flores retrata a Menéndez como un modelo a seguir “para aleccionar a sus hijos en el hogar, en los campos del labrador, en los combates contra los tiranos, en el ostracismo y en las cárceles adonde conduce el despotismo a los verdaderos patricios, aleccionará a los mandatarios en el poder, garantizando la honra y la propiedad de los asociados, las libertades públicas, poniendo en práctica los principios redentores de la democracia”. Flores dedica su “humilde trabajo didáctico” al gobernante salvadoreño porque,

en su opinión, amplió “el horizonte intelectual en todas las esferas del saber, por el firme convencimiento de que solo la educación regenera a los pueblos, y los hace actos para la vida de la república” (Flores, 1896, p. 11). Es evidente que cuando firmó la dedicatoria, el maestro salvadoreño sabía que no podría recibir ningún beneficio personal por parte de su homenajeado.

Miguel Escamilla, autor de un Compendio de Historia de Centro-América que publicó en 1895, también en El Salvador, dedica su texto al Dr. Prudencio Alfaro, vicepresidente salvadoreño en la época. La dedicatoria no puede ser más escueta, simplemente expresa: “Simpatía y Aprecio”. También lo dedica a dos distinguidos intelectuales salvadoreños Santiago I. Barberena y Alberto Sánchez, a quienes identifica como matemáticos, quizás por las labores docentes que realizaban en esa especialidad. Al final de su “opúsculo” – así califica su escrito– Escamilla aclara que no hace tales dedicatorias por servilismo ni adulación (Escamilla: 1895: s/n). En el texto El libro del Día del Maestro se asegura que en la publicación de las obras de Escamilla, autor también de un libro de Lecturas para escolares de primaria, declarado texto nacional, y otro de Geografía Económica de El Salvador, “son emanaciones de su esfuerzo”, pues logró su publicación “sin que nunca haya intervenido en su favor el apoyo oficial o particular”. (Ministerio de Instrucción Pública, 1930: 156). Esta afirmación resulta de enorme relevancia para nuestra argumentación, pues evidencia que el autor había escrito sus obras por iniciativa propias, no por encargo gubernamental, aunque posteriormente las autoridades de su país las hayan declarado textos de uso nacional.

Un caso diferente, pero que también abona a nuestro argumento, fue el del costarricense Joaquín Bernardo Calvo, quien por medio del Ministerio de Fomento presentó a su gobierno en 1886, un volumen de Apuntamientos geográfico, estadísticos e históricos de dicho país, trabajo que realizó “con ánimo resuelto, por el deseo de hacer algo útil a mi patria”, con

la esperanza de que fuera de interés. Es decir, que llenara un vacío, “mientras aparecen los grandes trabajos emprendidos por personas de la más recomendable competencia” (Calvo, 1887, s/n). Al entregar su obra, el autor también solicitó que se nombrara una comisión oficial para que la examinara y brindara “un juicio imparcial”. Aceptando la propuesta, el entonces presidente interino Saturnino Lizano nombró a los intelectuales Rafael Machado, Francisco María Iglesias y Miguel Obregón para que integraran dicha comisión. Estos, sin emitir valoraciones explícitas sobre el contenido del texto –que como indica su título además del apartado sobre la historia contiene amplias secciones sobre geografía, estadísticas económicas y demográficas y un amplio segmento sobre la flora y fauna del país, en su informe expresan que ya era tiempo que “una obra de esta naturaleza fuera escrita por un hijo de Costa Rica”, y agregan que el texto de Calvo “reemplazará con mil ventajas” el opúsculo de Molina Bedoya (Calvo, 1887: 4). Con esto último los integrantes de la comisión hacían referencia a la obra del guatemalteco Felipe Molina, quien escribió y publicó en 1849 el texto titulado Bosquejo de la República de Costa Rica. Publicado originalmente en inglés, la obra tenía como objetivo dar a conocer Costa Rica internacionalmente, ante “la escasez de noticias que tenían sobre nuestro país en el extranjero”. Posteriormente, se editó en francés, castellano y alemán. (Quesada Camacho, 2001, p. 107). Previo a la publicación del texto de Calvo, tal como se infiere del dictamen de la comisión, el texto de Molina era utilizado como manual de historia en las escuelas costarricenses.

Seguidamente, el presidente Próspero Fernández emitió un decreto por el cual ordenó que se imprimieran tres mil ejemplares de la obra de Calvo, de los cuales el gobierno se reservaría quinientos. La obra finalmente salió a luz durante el gobierno de Bernardo Soto, y así lo expresa en la portada, en la que puede leerse la leyenda “Administración Soto”. Por esto mismo, Calvo dedicará su obra a este presidente, como “testimonio de amistad

y gratitud por el auxilio acordado para la publicación de este trabajo”. El autor también la dedica a León Fernández, fundador del Archivo Nacional de Costa Rica, al diplomático e historiador Manuel María Peralta, y los ya mencionados Iglesias, Machado y Obregón, involucrados en el proceso que llevó a la publicación de su texto.

Los dos autores salvadoreños citados párrafos atrás y, particularmente, el costarricense Calvo son excelentes ejemplos para considerar que la publicación manuales escolares que difundieron una interpretación proliberal del pasado reciente de sus respectivos países, fue principalmente producto de la iniciativa personal más que de un esfuerzo institucional o del Estado. En el caso del costarricense queda claro que todo el proceso para la publicación de su obra por parte del Estado fue desde sus inicios una gestión individual del autor. Calvo fue quien recurrió al Estado y no a la inversa, para que se publicara y difundiera una obra histórica entre los escolares costarricenses, la que poco después sería sustituida por el texto de Montero Barrantes.

Aunque con sus propias particulares, algo similar podría afirmarse del nicaragüense Gámez, cuyo tratado *Historia de Nicaragua* fue galardonado en un concurso auspiciado por el Estado, y al parecer organizado a modo, por lo cual recibió financiamiento gubernamental para su publicación, desde mucho antes de la publicación de la convocatoria para ese concurso había iniciado su labor de recopilación de información y la redacción de su obra. Esta explicación es idéntica a la que también ofrece Marure en el Prefacio de su *Bosquejo Histórico*. Afirma el guatemalteco que ya tenía emprendido sus estudios históricos, “y aún adelantados, cuando tuvo conocimiento de ellos el Jefe de Estado de Guatemala, que se ocupaba ya de la formación del Atlas del mismo Estado: quiso auxiliarme en una empresa que juzgó útil y que coadyuvaba al logro de la que era objeto de sus desvelos, mandando a poner a mi disposición los archivos que existían en la Capital y solicitando a los jefes de los otros

Estados los documentos que no pudieron conseguirse en el de Guatemala; ha facilitado también la publicación de dichos trabajo”. El historiador guatemalteco se preocupa por dejar en claro que ese “es todo el participio [la participación] que el gobierno ha tenido” en sus obras (Marure, 1913: X- XI).

Podemos creer al autor guatemalteco y considerar que las cosas fueron como él dice; o bien podemos suponer que esas expresiones fueron escritas por Marure solo con el propósito de ocultar o negar que realizó una labor dirigida o guiada por el (jefe del) Estado guatemalteco, u obedeciendo muy disciplinariamente a éste. En todo caso, con independencia de lo que asumamos, destaca su interés en manifestar que el *Bosquejo* es producto de sus propias investigaciones y estudios, y que cuando Gálvez le ofreció su apoyo él ya había iniciado y adelantado en sus investigaciones; que no escribió su texto a partir o solo porque hubiera sido designado para ello por el jefe del Estado guatemalteco. Quizás esta última afirmación, repetida por muchos estudiosos de la historiografía centroamericana y que yo mismo empleo en este ensayo –que Marure fue designado para escribir una historia oficial–, deba ser replanteada. De ahí la importancia de este importante matiz que ahora pretendo destacar: el hecho de que estas obras son, antes que nada, producto de una iniciativa personal.

Regresando a Gámez, en la introducción de su obra afirma que cuando se enteró de la convocatoria del concurso mencionado “hacía justamente siete años que me ocupaba en acumular elementos para escribir una *Historia de Nicaragua*, completa y bastante extensa”, para lo cual había viajado a Guatemala, El Salvador y Costa Rica, países en los que obtuvo “datos y documentos preciosos” (Gámez, 1886, pp. 5-6).

En ese sentido, el nicaragüense es otro ejemplo del intelectual liberal que toma provecho de una oportunidad brindada por el Estado para publicar y difundir una obra que venía

trabajando desde mucho antes. Asegura que si bien el plazo para participar era “angustiado” –menos de tres meses–, redobló esfuerzos y aprovechó los estudios que había hecho con anterioridad para “escribir algo que no fuera tan elemental”, pero que a la vez llenara “el vacío que ocasiona entre nosotros la falta absoluta de una obra completa de historia patria” (Gámez, 1886: 6). Su caso es aún más singular si consideramos que cuando fue convocado dicho concurso el gobierno era dirigido por el Partido Conservador, antagonista de los liberales; aunque justo en ese período los gobernantes conservadores parecían no tener mayores contradicciones con sus rivales liberales (Collado, 1998: 65-76 y Alvarez Lejarza, 1964: 23-33). En todo caso, no deja de ser contradictorio que un gobierno conservador haya publicado y contribuido a la divulgación de una versión de la historia escrita por un autor afín a la ideología liberal. Pero lo que deseo destacar es que Gámez deja constancia en la introducción de su obra que ésta fue producto de una iniciativa personal y no el resultado de una iniciativa institucional o gubernamental.

Aún más ejemplar que los casos antes citados es el del también escritor costarricense Francisco Montero Barrantes, autor de *Elementos de Historia de Costa Rica*, publicado en 1892,¹ sobre quien Quesada Camacho y Fumero abundaron en sus estudios. Contrario a Calvo, Montero Barrantes inicialmente no obtuvo la acogida ni el apoyo del Estado, pese a que su obra “no se trata de un ‘bosquejo’ o ‘apuntamiento’” y que conforme “los cánones historiográficos vigentes, tenía una estructura narrativa coherente y por su volumen reunía las características de exhaustividad”, según afirma Quesada Camacho (2001: 180). Más aún, podría afirmarse que esta obra se publicó y se difundió a pesar de la oposición e indiferencia de importantes personeros del Estado costarricense, según lo deja entrever el autor en uno de los paratextos. Este me

parece otra irrefutable evidencia que contribuye a la tesis de este ensayo, porque reafirma el carácter personal antes que institucional o Estatal de la escritura y publicación de algunos de los primeros textos escolares centroamericanos.

Esas pocas palabras del “Preámbulo” escritas por Montero Barrantes son extraordinariamente ricas y útiles para comprender la situación en la que surgieron algunos de estos manuales. En ellas el autor explica que el origen de este texto, los mismos que de un manual de geografía que había publicado años antes, escritos a sugerencia de Juan Fernández Ferraz, educador canario residente en Costa Rica y que dirigía el colegio donde el propio Montero Barrantes impartía las cátedras de Historia y Geografía (Negrín Fajardo, 1984: s/n). Fernández Ferraz también alentó al autor para que publicara sus textos, por lo que aquí vemos, nuevamente, una iniciativa privada antes que gubernamental.

Montero Barrantes narra la amargura por la que atravesó al comprobar que su primera obra, dedicada a la geografía de su país no fue recibida con beneplácito: “El libro se publicó debido a los esfuerzos del señor Ferraz, pero lejos de producirme satisfacción alguna, moral o pecuniariamente, no obstante haberse agotado ya tres ediciones, ha dado pie a que los zoilos se hayan ensañado contra mí para perjudicarme con toda clase de bajezas de solo ellos son capaces” (Montero Barrantes, 2006, p. IX).

El historiador costarricense va más allá de las quejas por la pobre recepción que tuvo su obra primigenia entre la intelectualidad de su país. Relata que además de las burlas y críticas de las que fue objeto, también le fue negado “por un ministro de Instrucción el más mínimo apoyo” para escribir un texto de historia patria. Este rechazo se habría fundamentado en que un texto así sería

1. Montero Barrantes publicó su obra en dos volúmenes. El primero, publicado en 1892, aborda desde 1502 hasta 1856; y el segundo, publicado en 1894, se refiere a los sucesos acaecidos entre 1856 y 1890.

escrito por otra persona designada por el Estado. Afirma Montero Barrantes: “se me dijo que el trabajo que yo proponía hacer gratuitamente lo realizaría otra persona por encargo del gobierno” (Montero Barrantes, 2006: XIV); lo cual al parecer no se cumplió.

Finalmente, nuestro autor decidió escribir el texto que había venido pensando, pero motivado por la idea de participar en un congreso sobre geografía que se realizaría en Madrid. Asegura el historiador que ya había emprendido la escritura de su obra y que pretendía llevarla como obsequio a todos los participantes en el Congreso, pero que en algún momento el desánimo se apoderó de él, y nuevamente el director Fernández Ferraz y hasta el propio presidente costarricense, en ese entonces José Joaquín Rodríguez, le habrían alentado a continuar y finalizar la tarea emprendida.

Otro valioso dato que aporta Montero Barrantes en su Preámbulo es el que se refiere a sus fuentes: “Y para el resto del libro no he tenido más que mi propio estudio de las leyes, periódicos, memorias de gobierno, etc., que parte considerable me fueron proporcionados por don Pánfilo Valverde, por don Antonio Padrón y Morales, y don José Barrantes Chávez”. Seguidamente, se lamenta por la frustrante experiencia de no haber recibido mayor colaboración. Así continúa su breve Preámbulo-testimonio-reclamo: “Aunque me dirigí a varias personas para que se sirvieran de facilitarme datos, sólo se dignaron contestarme don Francisco María Iglesias, don Pedro Matarrita y don Matías Sandoval, ofreciéndomelos cuando yo los necesitase. Otros no tuvieron la cortesía de excusarse o decirme siquiera una palabra”. La queja es también un claro indicativo de la adversidad que enfrentó Montero Barrantes para escribir su obra, aunque a la postre su empeño tuvo un resultado positivo. En febrero de 1892, tras ser examinada por tres reconocidos intelectuales –Francisco María Iglesias, Faustino Víquez y Ricardo Pacheco–, se dictaminó que la obra era digna de recibir apoyo gubernamental. Por otra parte, también

se reconoció que constituía “la primera obra de su género escrita en el país”, por lo que se dispuso la impresión de tres mil ejemplares a cuenta del Estado. En contrapartida, su autor recibiría quinientos pesos como una suerte de compensación y por la realización de las correcciones que hicieran falta (Montero Barrantes, 2006: XIII).

La interpretación pro-liberal del pasado ¿reiteración o meras coincidencias?

Además de las dedicatorias, introducciones o preámbulos, las fuentes utilizadas para documentar sus textos constituyen otro aspecto que indicaría que varios de los autores de los primeros manuales escolares de historia patria y los compendios de historia de Centroamérica para uso escolar estaban guiados por sus propias inquietudes intelectuales y su vocación de historiadores, antes que por el requerimiento o la designación del Estado. También evidencian que estos autores no se limitaron a reproducir o repetir la versión proliberal del pasado centroamericano establecida por los escritores de las obras históricas fundacionales como las de los memorialistas y el texto de Marure. Aunque estas fueron importantes fuentes para sus obras, no se limitaron a la consulta de estos textos. Por el contrario, también realizaron una labor propia de investigación y documentación histórica, y sus escritos reflejan las conclusiones a que llegaron en sus investigaciones. De tal manera que considerar que en Centroamérica ha prevalecido una versión liberal de la historia auspiciada y financiada por el Estado podría ser una generalización no completamente justificada, porque elimina los matices que pueden observarse en estas búsquedas individuales para dar un sentido al pasado centroamericano y por organizar un relato para los escolares de sus propios países presenten. Más aún, afirmar que en Centroamérica solo se ha transmitido o repetido “la versión liberal de la historia” centroamericana implicaría

la existencia de otra versión o interpretación; pero no existió tal cosa. Nunca se escribió una versión conservadora o alguna otra interpretación diferente a la que construyeron los intelectuales pro-liberales. No existió a finales del siglo XIX y primeras del XX otra interpretación del pasado más que la de los autores que coincidían con los postulados liberales.

En ese sentido no puede dejar de llamar la atención el contrastante número de obras históricas que se publicaron en los pocos años que Mariano Gálvez estuvo al frente del gobierno en Guatemala y las escasas que se escribieron durante los treinta años de gobiernos conservadores establecidos en prácticamente todas las pequeñas repúblicas surgidas tras la disolución del proyecto federal centroamericano.

Para el caso de Guatemala, José Cal (2007: 27-70) registra que durante el período conservador las obras de carácter histórico que se publicaron básicamente constituyeron compendios de documentos oficiales. En el caso nicaragüense los textos más notables de este período fueron las memorias sobre la guerra contra los filibusteros estadounidenses publicadas por entregas a partir de 1865 por el conservador Jerónimo Pérez, también por su propia iniciativa, y el proyecto de Tomás Ayón, titulado Historia de Nicaragua desde los tiempos más remotos hasta el año de 1852, escrita a solicitud del presidente Joaquín Zavala, inconcluso a causa del fallecimiento de su autor. La obra finalmente constó de tres gruesos volúmenes, el último de los cuales habría sido finalizado por el hijo del historiador, y que termina en la anexión del antiguo reino de Guatemala al imperio mexicano. Es decir, concluye donde inicia propiamente la historia de Centroamérica como una nueva entidad político-histórica autónoma.

Por otra parte, también debe considerarse que tanto Manuel Montúfar y Coronado como Alejandro Marure, a quienes se considera como los fundadores de tradiciones historiográficas encontradas, siendo la de Marure el de la tradición liberal, fueron ambos

hijos de la Ilustración y que compartieron una formación cargada de principios liberales, tal como ha argumentado Timothy Hawkins (1992: 513-533). Las diferencias entre ambos autores, por consiguiente, fueron más bien de matices y de interpretación, y no una confrontación originada en algún radical antagonismo ideológico. Montúfar y Coronado después de todo también fue un liberal.

Las coincidencias entre la primera historia oficial centroamericana, la escrita por Marure, y la de los autores de compendios, a mi parecer tienen que ver más con los propios acontecimientos narrados que con una interpretación liberal de los mismos. Me explico: si el propósito era exponer a los escolares el fracaso y la desintegración de la República Federal de manera simple y esquemática, ¿de qué otra forma podría hacerse si no es destacando la contradicción entre las propias elites y, particularmente, la oposición de los grupos más conservadores, cuyas acciones tenían como principal objetivo preservar sus privilegios; y argumentar que en búsqueda de ese interés enfrentaron y lograron interrumpir el proyecto liberal? ¿Podría contarse con una versión “conservadora” de la independencia y del fracaso de la República Liberal? Y de ser así, ¿cómo explicaría esa versión conservadora la derrota del proyecto morazanico?

Lo que deseo enfatizar, una vez más, es que la interpretación y argumentación explicativa que se encuentra en los manuales escolares acerca de la independencia y la República Federal es principalmente el producto de la investigación y el trabajo de sus autores, quienes no se limitaron a reproducir dogmáticamente las versiones de los fundadores de la historiografía liberal centroamericana. Incluir entre sus fuentes a obras de algunos viajeros o de autores estadounidenses indica también evidencia esa búsqueda que posibilitó una perspectiva propia acerca del pasado.

En este sentido debemos considerar también que existe la posibilidad, aun cuando algunos autores de estos compendios o manuales

hayan sido designados por los mandatarios liberales de turno, de que la obra resultante no se haya plegado completamente a la voluntad o deseos de los líderes liberales. Estos son importantes matices que merecen la pena ser destacados y excusan esta digresión. Es importante señalar que varios de los autores designados por gobernantes liberales para escribir la historia de su país o de Guatemala no eran personajes incondicionales. El primer ejemplo lo vemos en el presbítero Francisco de Paula y García Peláez, a quien Gálvez encargó la escritura de la historia de la Capitanía General, que se publicó hasta 1851, una vez que Rafael Carrera, el caudillo que derribó al gobierno de Gálvez, ejercía ya la presidencia de Guatemala. El propio García Peláez informa en una breve nota al inicio de su obra que le tomó ocho años escribirla, de 1833 a 1841, y que la mantuvo guardada durante diez años antes de publicarla. Para entonces, siendo ya arzobispo de Guatemala, se cuida muy bien de mencionar que fue el liberal Gálvez quien le solicitó la obra. Nada más refiere que “las compuso suscrito a la distribución de comisiones hecha entonces”, es decir, en el primer período liberal (García Peláez; 1851: 3). Esto mismo puede explicar que las Memorias para la Historia no conlleven ninguna dedicatoria ni ningún otro mayor preámbulo o introducción que explique su escritura. De haber prevalecido el gobierno liberal, ¿habría dedicado este clérigo su obra al liberal Gálvez? Jamás lo sabremos.

Otro caso similar al de García Peláez es el de José Milla, que como señala Payne (1994:16), si bien era partidario de Rafael Carrera, escribió y publicó en 1870 una Historia de América Central bajo los auspicios del presidente liberal Justo Rufino Barrios. Por esto resultan relevantes las siguientes interrogantes: ¿Cómo se explica que el caudillo liberal designara a escribir una historia oficial o auspiciara a un autor que al parecer le era ideológicamente opuesto? ¿Significa que Barrios no era tan dogmático ideológicamente como hemos creído, o que Milla no era tan conservador como suponemos? ¿O quizás el escritor y diplomático guatemalteco sólo

aprovechó la oportunidad que le brindaba el Estado para escribir una historia como él pensaba que debía escribirse? El caso de Milla es similar, pero en sentido inverso al del nicaragüense Gámez, mencionado anteriormente, el historiador liberal que escribió su obra fue bajo los auspicios de un gobierno conservador.

El matiz de las fuentes y lo que ellas también indican

El hondureño Antonio Ramón Vallejo es otro un buen ejemplo de un autor que si bien fue designado por el gobierno de su país para escribir un texto de historia nacional para las escuelas públicas, del cual hasta entonces se carecía, no se limitó a abreviar en fuentes u obras de interpretación pro-liberal para redactar su obra. Es muy significativo que el presidente liberal Marco Aurelio Soto, por intermediación del intelectual Ramón Rosa, haya designado al presbítero para tal tarea un 16 de septiembre, apenas un día después de la conmemoración de la independencia centroamericana. Fácilmente, puede deducirse que la iniciativa de Soto fue inspirada por la celebración patriótica. Esto mismo explicaría la dedicatoria a Soto que hace Vallejo de su obra, tras reconocer que la ha escrito con la ayuda y decidida cooperación del gobierno liberal.

Resulta lícito también suponer, a partir de una detenida lectura a la Introducción que Rosa escribió a dicha obra, que ésta no llenó satisfactoriamente las expectativas de los líderes liberales hondureños. Rosa, en primer lugar, reconoce que Vallejo “tiene el mérito indisputable de abrir campo a los estudios y escritos históricos” en Honduras, pero párrafos adelante señala que si no se trata de una obra acabada, por lo menos ofrece “preciosos materiales para que andando el tiempo” puedan ser aprovechados por otros estudios y trabajos históricos (Vallejo, 1878, pp. 13-15).

La observación de Rosa y el hecho de que un par de años después se publicara el ya citado

y aún no localizable Compendio de Historia de Honduras, de Manuel Sabino López, podrían indicarnos que pese a los elogios dedicados oficialmente a la obra del Presbítero, esta no resultó adecuada según los planes o deseos de sus promotores, ya sea por la forma en que está estructurada o bien por el contenido. En todo caso también resulta importante destacar –y es lo que interesa aquí– que en su Compendio, al igual que Marure o Gámez, Vallejo utilizó fuentes primarias que él mismo se habría encargado de coleccionar, seleccionar y ordenar en distintos pueblos del interior hondureño, y en las ciudades de Comayagua y Tegucigalpa (Vallejo: 1878, pp. 8-9).

En cuanto a la relación de obras citadas, Vallejo incluye tanto las memorias de Francisco Morazán como las de Manuel José Arce, las del general mexicano Vicente Filísola y las de Montúfar y Coronado, lo mismo que memorias de personajes hondureños como Liberato Moncada y Manuel Escobar. Cita además el texto de González Saravia y los dos principales periódicos surgidos en los años previos inmediatos a la independencia –El Editor Constitucional y El Amigo de la Patria–; el texto “Las meditaciones de un pueblo libre”, de Juan Lindo (aunque no nombra al autor); y las secciones referidas a la colonización e independencia de América de la obra del chileno Miguel de la Barra. Como he venido argumentando, Vallejo no se limita a fuentes que solo expresan la interpretación o versión liberal del pasado centroamericano.

Además, el presbítero historiador hace la declaración expresa de que tomará distancia “de los inexactos y apasionados juicios de los escritores que se han ocupado de reseñar las contiendas de Centroamérica”, pues confiará más en los documentos que tenía a la vista. Ante tal declaración una de las preguntas que surge es ¿a quiénes se refiere? ¿A Montúfar y Coronado? ¿A Marure? ¿A ambos, pues sin duda los dos escribieron sus textos apasionadamente, pero que a pesar de eso también incluyó entre sus fuentes? En autor no lo aclara, y en su lugar afirma que buscará

contrastar los documentos obtenidos con las obras ya publicadas, pues para él “no merece ser llamada historia, la que altera los hechos”, la que los desfigura u omite, o que “únicamente cita los que conviene como convienen” (Vallejo, 1878, pp. 8-9).

Esta declaración es el claro indicativo que no se limitará a “repetir” la versión de los hechos que contaron sus predecesores –los fundadores de la historiografía liberal centroamericana–, sino que su obra será original, tendrá un sello personal, que parte también de su propia concepción de la historia. Con respecto a ésta podemos asegurar que más que decimonónica, pareciera inspirada en la antigüedad clásica, dada su recurrencia a la famosa cita de Cicerón y a su propia formación clerical. Pero esto tampoco significa que Vallejo se va a limitar a narrar lo hechos. Por el contrario, frecuentemente intentará interpretarlos, cuando se pregunta qué consideraciones pueden hacerse a los hechos que va narrando.

En este caso, pese a sus simpatías e inclinaciones ideológicas, sería injusto afirmar que Vallejo fue una pluma que no escribió únicamente lo que esperaban o deseaban los caudillos liberales de su país, sino que se esforzó por tratar de ofrecer y legar a sus compatriotas una obra construida a partir de sus propias convicciones en relación a la tarea del historiador; aunque esto tampoco niega que redactó y puso a disposición del Estado, como bien argumenta Marvin Barahona, otras obras que contribuyeron al conocimiento del pasado de su país (Barahona, 2005: 36).

A diferencia de autores de historias nacionales como Gámez, el costarricense Montero Barrantes se va a documentar principalmente en autores de su país. De hecho, podemos afirmar que los memorialistas están ausentes en su obra. Los autores a los que recurre, más allá de los obligados cronistas de indias, son todos costarricenses: los ya citados León Fernández, Peralta, Francisco María Iglesias. Junto a ellos, otras fuentes que nutren la obra de Montero Barrantes son discursos,

informes, relatos testimoniales y documentos de archivos, de los cuales por lo general no ofrece mayores datos bibliográficos, como bien se anota en las ediciones del 2003 y 2006. De esa manera, considerándola desde el punto de vista de las fuentes, y más allá de alguna cita de un autor francés, como E. Marechal, la obra de Montero Barrantes es en este sentido la más genuinamente nacional de todas las historias nacionales de los países centroamericanos. ¿Cómo explicar entonces que su texto sea también de tendencia proliberal? ¿Tiene realmente tal sesgo?

En el caso de Gámez, dado que su Catecismo de Historia Patria es más bien una síntesis de su Historia de Nicaragua, publicada en 1888, debemos considerar que las fuentes que se sirvió para escribir su obra canónica son las mismas que alimentan el catecismo escolar. Un vistazo a ellas demuestran también que al escribir su obra no recurrió exclusivamente a los textos canónicos de los fundadores de la historiografía liberal. Aunque es inevitable la consulta de ellos, también destaca en la obra del nicaragüense su interés por documentarse en los textos y documentos más diversos. Particularmente destacan las obras de auto-

res eruditos, considerados en esos momentos como las máximas autoridades en lo que respecta de la historia de España, del período colonial en América y América Central y de la llamada historia universal. Entre ellos se encuentran Juan de Mariana y José Manuel de Miniana (Miñana)², Martín Fernández de Navarrete³, Cesare Cantú⁴, Entre los autores de Historias de América en los que se documenta, destacan J. Mesa y Leompart⁵, George Payn Quacquenbos⁶, Valero Pujol⁷, Jorge Juan y Auntonio de Ulloa⁸, y los viajeros y estudiosos de la historia, la geografía americana Alexander von Humboldt y Ephraim Squier⁹. Es relevante destacar, además, que Gámez también se auxilió en las Nociones de Historia de El Salvador, de Reyes, y en el texto de Vallejo, sobre la historia hondureña, en obras de los autores nicaragüenses ya mencionados: Pedro Francisco de la Rocha, Tomás Ayón, Jerónimo Pérez y al costarricense Manuel María Peralta; además de numerosos documentos, memorias de los gobiernos de Nicaragua y de los países vecinos, y diarios nacionales nicaragüenses, centroamericanos y estadounidenses.

2 Mariana fue un religioso español que en 1585 publicó una Historia de España, reeditada numerosas veces, y continuada por José Manuel Miniana (o Miñana). En 1854 se publicó en dos volúmenes. <http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/juan-de-mariana/historia-de-espa%C3%B1-de-mariana-seg%C3%BAAn-edici%C3%B3n-bae-1854> Posiblemente haya sido esta última versión la consultada por Gámez.

3 Autor de Colección de viajes y descubrimiento que hicieron los españoles desde fines del siglo XV, publicado en cinco tomos entre 1829 y 1837, escritas "por orden de S.M".

4 3 Escritor italiano, autor de una Historia Universal, publicada en París, entre 1838 y 2846, y que consta de 35 tomos.

5 Autor de una Historia de América publicada en 1870.

6 Autor del texto Elementary History of the United States, publicado en 1884.

7 Periodista e historiador español que en 1874 pasó a residir en Guatemala, donde publicó, en 1878, un Compendio de Historia Universal.

8 Tenientes generales de la Real Armada españolas enviados por Fernando VI para que realizaran un diagnóstico sobre la situación política, militar y naval en las colonias americanas, pero en cuyo informe secreto registraron el "régimen particular de los pueblos indios, cruel opresión y extorsiones de sus corregidores y cures, abusos escandalosos introducidos entre estos habitantes por los misionero...". El documento fue publicado posteriormente en Londres y sería una de las principales fuentes que alimentaron la llamada "leyenda negra" contra la colonización española, y seguramente también nutrió el anticlericalismo que según sus críticos acusaba al historiador.

9 Squier fue un diplomático y viajero estadounidense que publicó varias obras sobre Centroamérica. Entre ellas Nicaragua: its people, scenary, monuments and the proposed interoceanic canal, publicada en 1852, Notes on Central America: Particularly the States of Honduras and San Salvador, de 1855; Travels in Central America, Particularly in Nicaragua, que dio a conocer en 1860; Honduras: Descriptive Historical and Statistics, editada en 1870. Las obras de Squier que Gámez cita como sus fuentes las titula "Compendio de la historia de Centro-América, traducida por un centroamericano" y "Nicaragua". Obviamente se refiere a la primera, de 1855, que traducía y publicada en 1856 por el hondureño León Alvarado, bajo el título "Apuntamientos sobre Centroamérica" y, probablemente, a Nicaragua: its people... de la que no existirá traducción al castellano sino hasta 1970.

Esta lista de autores y obras revela una vasta y erudita documentación e investigación de la que resulta evidente que Gámez no solo buscaba ofrecer una obra histórica afín a su ideología liberal, qué el mismo reconoce, y llenar con ello un vacío en la educación nicaragüense, sino que se tomó en serio su papel como historiador. En todo caso, da cuenta de la complejidad de la operación intelectual que debió realizar el escritor nicaragüense para brindar a sus conciudadanos una obra histórica con una interpretación proliberal construida a partir de fuentes que bajo ninguna perspectiva podrían ser consideradas de tendencia liberal.

Conclusiones

En los párrafos anteriores he tratado de argumentar que los primeros manuales de historia nacional y de historia de Centroamérica con los que los escolares centroamericanos de finales del siglo XIX aprendieron las primeras nociones sobre el pasado de sus respectivos países y de la región no necesariamente fueron textos propagandísticos u orientados principalmente a difundir la ideología liberal o, incluso, una versión de la historia estrictamente liberal, como se podría suponer que ocurrió cuando se lee la reiterada afirmación de que la historiografía centroamericana, particularmente la referida a la independencia, es de un manifiesto carácter liberal o proliberal. En todo caso, no todos esos textos pretendían cumplir explícitamente esa función.

Con lo anterior no se pretende negar que los autores de dichos manuales, en mayor o menor medida, profesaban la ideología liberal o simpatizaban con los gobiernos liberales, pero esto no necesariamente implica que haya primado el favor o el fervor partidario cuando realizaron su labor, y menos como pudiera entenderse ahora una labor partidaria o propagandística. Por el contrario, asumieron seriamente su labor de estudiosos del pasado, su vocación de historiadores y, fundamentalmente, consideraron que la

escritura de sus obras era el mejor aporte que podían hacer, más que a los Estados o a los gobiernos, a sus propios ciudadanos y, sobre todo, al proyecto de nación que apenas surgía ante sus ojos.

En este sentido es importante destacar el pequeño pero no menos importante matiz que he querido señalar en estas páginas, que si bien quizás todos estos manuales fueron publicados y difundidos a costa de los Estados y gobiernos liberales, una buena parte de ellos fueron producto principalmente del interés y la vocación historiadora de sus autores; lo cual sugiere que en no pocos casos estos “utilizaron” al Estado y sus mecanismos para difundir sus obras personales, sus propias y personales concepciones e interpretaciones del pasado, que obviamente coincidía con el credo político de los gobernantes.

Es evidente también que entre estos autores existe un afán por presentar una obra personal, con carácter propio, que si bien recurre a las fuentes historiográficas proliberales, también hacen una labor consciente de investigación de archivos, en busca de fuentes primarias y documentos originales y desconocidos. De la misma manera, al modo de Heródoto, también consultan y entrevistan a testigos sobrevivientes de los acontecimientos.

Otro hecho importante que debe notarse es la utilización de textos de exploradores, viajeros y diplomáticos que recorrieron Centroamérica y México a mediados del XIX –Squier, Stephens, Wardek, Wells, entre los más notables– para complementar su documentación con relación a las culturas prehispánicas y sus sitios arqueológicos. Este hecho refleja, por un lado, las limitaciones de estos autores para realizar recorrer sus respectivos países, ya no digamos toda la región, y realizar sus propios estudios.

Una última reflexión o más bien interrogante que surge tras releer estos textos es si realmente fue posible escribir la historia de otra manera, es decir sin ese sesgo proliberal del que tanto se acusa y con el que caracteriza, como si fuera un defecto, a la

historiografía decimonónica centroamericana. ¿Por qué no existió otra versión de la historia, una versión –digamos– no proliberal, más aún, si los grupos los antiliberales resultaron vencedores ante el proyecto liberal de la República Federal? Son preguntas que quizás jamás podremos responder, pero es evidente que tras el fracaso de la Federación los grupos conservadores que tomaron el poder fueron la excepción, porque resultaron unos vencedores y no escribieron la historia.

Listado de referencias

- Aguirre Cinta, Rafael (1899), *Lecciones de Historia General de Guatemala*, Guatemala, Tipografía Nacional.
- Alvarez Lejarza, Emilio (1964), “*El liberalismo en los 30 años*”, en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, No. 51, pp. 23-33
- Amaya Banegas, Jorge Alberto (2009) *Historia de la Lectura en Honduras: Libros, lectores, bibliotecas, librerías, clase letrada y la nación imaginada en Honduras. 1876-1930*. Tegucigalpa, Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán. [http://er-saguier.org/nations-tatecrisis.org/archivo/lecturas/Historia_de_la_lectura\(final\).pdf](http://er-saguier.org/nations-tatecrisis.org/archivo/lecturas/Historia_de_la_lectura(final).pdf)
- Apple, Michael (1986), *Ideología y Currículo*, Madrid, Akal.
- Arellano, Jorge Eduardo (1983), “*El primer historiador de Nicaragua*.” (Pedro Francisco de la Rocha y su revista política sobre la historia de la revolución de Nicaragua”, en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*/38, No 180. Managua, Julio-Septiembre, 7-21.
- Barahona, Marvin (2005), *Honduras en el Siglo XX. Una síntesis histórica*. Tegucigalpa, Editorial Guaymurás.
- Cal, José (2007), “*La historiografía guatemalteca hasta Severo Martínez Peláez: trazos iniciales para un debate*”, *Caleidoscopio*. *Revista Semestral de Ciencias Sociales y Humanidades*, 11(22), 27-70.
- Collado, Carmen (1988), “*Liberales y conservadores de Nicaragua, ¿falsos estereotipos?*”, en *Secuencia*. *Revista de Historia y Ciencias Sociales*. No. 11, 65-76 .
- Escamilla, Miguel (1895), *Compendio de Historia de Centro-América*. San Salvador, Imprenta Nacional.
- Euraque, Darío (2008), *Historiografía de Honduras*. Tegucigalpa, Instituto Hondureño de Antropología e Historia.
- Fazio Bengoa, Hugo, “*La historia del tiempo presente, una historia en construcción*”, *Historia Crítica* No. 17, julio-diciembre, 47-17.
- Fernández Ampié, Guillermo (2010), “*Versiones de la nación en los textos de Historia de Nicaragua: Una disputa por el pasado*”, Tesis doctoral en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional de México, Inédita.
- Ferro, Marc (1990), *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Flores, Pedro (1896), *Lecciones de la historia Antigua de Centro América*. Estractadas por Pedro Flores. Zacatecoluca, Imprenta La Paz.
- Gámez, José Dolores (1889) *Historia de Nicaragua. Desde los tiempos prehistóricos hasta 1860*, en sus relaciones con España, México y Centro-América. Managua, Tipografía El País.
- García Peláez, Francisco de Paula (1851), *Memorias para la Historia del Antiguo Reyno de Guatemala*, Guatemala, Establecimiento Tipográfico de L. Luna.
- González Torres, Julián (2012), “*Del ‘Ciudadano católico’ al ‘ciudadano laico’. La escuela pública primaria y la formación de los futuros ciudadanos*.” *El Salvador 1824-1890*”, tesis doctoral en Filosofía Iberoamericana, San Salvador,

- Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.
- Hawkins, Timothy (1992), "A war of words: Manuel Montúfar, Alejandro Marure, and the politics of History in Guatemala", *The Historian*, Vol 64. Nos. 3-4. Spring-Summer, 513-533.
- Karnes, Thomas L. (1961), *The failure of Union: Central America 1824-1960*. Chapel Hill, N.C., The University of North Carolina Press.
- Marure, Alejandro (1913), *Bosquejo Histórico de las Revoluciones de Centro-América*, México, Librería de la viuda de Ch. Bouret.
- Mendonça, Emilie (2011), *Construcción du système éducatif et émergence de l'identité nationale au Guatemala 1875-1928*. Tesis doctoral, Tours, Francia, Université François-Rabelais.
- Ministerio de Instrucción Pública (1930), *Libro del Día del Maestro*, San Salvador, Talleres Tipográficos del Ministerio de Instrucción Pública.
- Molina, Iván (2007), "Historia y Sociedad en Costa Rica. De 1821 al presente. Una historia no autorizada", en *Diálogos*. Revista electrónica de Historia. Vol. 8 No. 8 Agosto.
- Recuperado de: <http://historia.fcs.ucr.ac.cr/articulos/2007/vol2/7vol8n2imolina.pdf>
- Montero Barrantes, Francisco (2006), *Elementos de Historia de Costa Rica. Tomo I. Años 1502-1856*. San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia (Segunda Edición).
- Negrín Fajardo, Olegario (1984), "Juan Fernández Ferraz (1849-1904), impulsor del institucionalismo krausista en Costa Rica", ponencia presentada en el IV Coloquio de Historia Canario-Americano. Recuperado de <http://mdc.ulpgc.es/cdm/ref/collection/coloquios/id/1911>
- Negrín, Marta (2009), "Los manuales escolares como objeto de investigación", *Educación, Lenguaje y Sociedad*, Vol VI, No. 6. Buenos Aires, 187-208.
- Payne, Elizet (1994), "La historia oficial. Los orígenes de la historia liberal Centroamericana", *Avances de Investigación* No. 74. San José, del Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Costa Rica.
- Quesada Camacho, Juan Rafael (2001), *Historia de la historiografía costarricense, 1821-1940*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Ramos, Víctor Manuel (2007), *Antonio Ramón Vallejo. Vida y Obra*. Tegucigalpa, Secretaría de Cultura, Artes y Deportes. Recuperado de: [//www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc05845](http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc05845)
- Sagredo Baeza, Rafael (2009), *De la colonia a la república. Los catecismos políticos americanos, 1811-1827*. Madrid, Fundación MAPFRE y Ediciones Doce Calles S. L.
- Salas Viquez, José Antonio (1999), "La enseñanza de la historia en Costa Rica. 1879-1950. Una aproximación desde la historia social del currículum", *Perspectivas*. Revista de Investigaciones, *Teoría y Didáctica de los Estudios Sociales*. Vol 2 No. 2, 75-98
- Sierra Fonseca, Rolando (2001), *Colonia, Independencia y Reforma. Introducción a la historiografía hondureña*. Tegucigalpa, Universidad Pedagógica Francisco Morazán.

Taracena, Arturo Arriola (1995), “*Nación y República en Centroamérica (1821-1865)*”, en Taracena, Arturo y Jean Piel (Comps.), *Identidades nacionales y Estado Moderno en Centroamérica*, San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 45-62.

Vallejo, Antonio Ramón (1878), *Compendio de Historia Política y Social de Honduras*. Tegucigalpa, Tipografía Nacional.